

SOBRE EL USO Y ABUSO DE LAS CIENCIAS SOCIALES: EL CASO DEL PROYECTO CAMELOT*

Por MANUEL MALDONADO-DENIS**

CHILE fue, recientemente, el escenario de un acontecimiento cuyas repercusiones para el estudio científico de la realidad latinoamericana son hoy difíciles de predecir. Me refiero a la expulsión del país de un chileno que había renunciado a su ciudadanía para aceptar la norteamericana: el Dr. Hugo Nuttini, debido a su participación en un proyecto de investigación sociológico auspiciado por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos cuyo propósito era determinar "el potencial de guerra interna" existente dentro del país mencionado. El Plan —que debido a sus repercusiones en el campo diplomático e intelectual no pudo siquiera comenzar en Chile— era parte de un Plan más vasto y abarcador cuyo propósito, según queda consignado por la investigación realizada por la Comisión Especial Investigadora de la Cámara de Diputados de Chile, era el de: "1) identificar y medir indicadores y estimar las causas de un conflicto potencial interno; 2) estimar el efecto de diversas acciones gubernamentales que influyen sobre ese potencial; y 3) obtener, conservar y recoger la información requerida para el sistema de análisis mencionado".¹ Entre los países destinados para ser objeto de estudios similares se hallaban algunos tales como Brasil, Venezuela, Egipto, Indonesia, Francia, Grecia y Nigeria.² El criterio determinante en cuanto a la selección de los

* Conferencia pronunciada en la Universidad Autónoma de Santo Domingo el lunes 6 de junio de 1966 y repetida en el Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico el 18 de octubre de 1966, auspiciada por el Departamento de Ciencia Política de dicha institución.

** Catedrático Asociado de Ciencia Política y Director de la *Revista de Ciencias Sociales* de la Universidad de Puerto Rico.

¹ El informe completo sobre las proyecciones y difusión del Plan Camelot ha sido reproducido íntegramente en el diario *El Mercurio*, de Santiago de Chile, correspondiente al miércoles 29 de diciembre de 1965.

² El autor ha tenido el beneficio de un ensayo preliminar y de un grupo de documentos sumamente valiosos que le fueron suministrados por el Dr. Irving Louis

países era —según el “Documento de trabajo” del Proyecto, fechado el 5 de diciembre de 1964— “la relevancia de los países seleccionados para los intereses de la política exterior de los Estados Unidos”.

Resulta paradójico el hecho de que Chile no aparezca en la lista original de los países a ser objeto de estudio. Es de todos conocido la “relevancia” de un país como Chile para “la política exterior de los Estados Unidos”. No obstante, es en Chile donde Nuttini —cuyo propósito parece haber sido únicamente el de pulsar el sentir de la comunidad académica chilena respecto a un proyecto de esta naturaleza— desata una aguda controversia que culmina con la cancelación del Proyecto por las autoridades norteamericanas. Es bueno indicar que en las comunicaciones entre Nuttini y Rex D. Hopper, director del Proyecto Camelot, hay evidencia de que la misión de Nuttini era una sumamente limitada y que éste se excedió en las atribuciones que le fueron conferidas. Ahora bien, dejando a un lado estas cuestiones personales cabe siempre la pregunta: ¿es el Proyecto Camelot, tal y como fue concebido, una instancia del uso de las ciencias sociales como disciplina o es este más bien una ilustración del *abuso* —es decir del mal uso— de las disciplinas sociales para el logro de propósitos específicos? El problema no puede evadirse porque va a la raíz misma del quehacer sociológico. Para contestar la pregunta en una forma u otra proceden las siguientes consideraciones respecto a la naturaleza de las ciencias sociales en cuanto disciplinas.

I

Las ciencias sociales tal y como las concebimos hoy en día son parte integrante de todos los intentos hechos por el hombre para ofrecer una explicación racional del mundo social que le circunda. Esta explicación racional consiste esencialmente en la aplicación a la realidad social de un enfoque cuyas características fundamentales pueden resumirse en tres palabras: rigor, método y sistema. Las ciencias sociales se diferencian del saber vulgar o del “sentido común”, así como de conocimientos intuitivos tales como la poesía o el arte, por esta su insistencia en que el conocimiento de lo social debe ser riguroso, metódico y sistemático. La ciencia social, nos dice Morris Cohen, “es el análisis o recuento de los aspectos abstracta o lógicamente repetitivos de la vida social”.³ Es decir, que su ámbito o centro de atención es el de

Horowitz de la Universidad de Washington en St. Louis, Missouri. Me referiré a ellos en el curso de este trabajo.

³ Morris Cohen, *Reason and Nature* (New York: The Free Press, Second Edition, 1953), p. 345.

las regularidades en la conducta de los individuos y de los grupos con miras a la enunciación de un conjunto de proposiciones, concatenadas entre sí lógicamente y capaces de brindarnos una serie de generalizaciones que nos permitan comprender mejor la realidad social presente, tanto como proyectar hacia el futuro las posibilidades contenidas dentro de la determinada situación social que ha sido objeto de análisis. En todo caso el papel de las disciplinas sociales —aparte de la comprensión (*verstehen*) de los fenómenos sociales— es el de intentar predecir *con un alto grado de probabilidad* la conducta humana. Toda vez que el conocimiento derivado de las investigaciones sociales es, en la gran mayoría de los casos, hecho público, el uso que pueda posteriormente hacerse de dicho conocimiento es algo que no le será dable controlar al propio investigador social. Quiero decir con esto que el estudioso de la sociedad es tan prisionero de su propia creación como lo es su homónimo de las ciencias de la naturaleza. Desde que Francis Bacon enunció su famoso apotegma de que “el conocimiento es poder” los hombres cuya tarea es la de verter luz sobre los problemas existentes —y crear de paso algunos nuevos— han estado muy conscientes de cuán poderosa —como medio de control social— puede ser la ciencia. El siglo xx ha contribuido a agudizar esta percepción al poner en evidencia la enorme destructividad, así como la potencial productividad, de la energía atómica y sus usos. Algo similar ha ocurrido en el campo de las ciencias sociales a medida que éstas avanzan en su conocimiento de los factores inconscientes que determinan la conducta del hombre: el descubridor se confronta con el hecho de que su hallazgo ya no le pertenece y de que alguien, quizás un torturador con conocimiento de la psicología, anda utilizando sus descubrimientos para fines que aquél estima objetables. Así, pues, el científico social contemporáneo ha ido cobrando conciencia del uso y/o abuso a que su investigación —una vez hecha pública y definitivamente ida de sus manos— puede fácilmente conducir en el laberinto intrincado de la política contemporánea. De todo lo dicho deben quedar claras por lo menos tres cosas: 1) que las ciencias sociales contemporáneas son parte del esfuerzo humano dirigido a obtener una explicación más racional y, por consiguiente, un mayor control, a través del conocimiento, de los fenómenos sociales; 2) que dichas disciplinas son un instrumento de poder en manos de los que ejercen el poder público; 3) que los hallazgos de las ciencias sociales, por su carácter público, pueden ser utilizadas para bien o para mal por los que detentan el poder público, sin que le sea dable al científico social, en la mayoría de los casos, impedirlo; o, a la inversa, que éstos puedan ser utilizados

para subvertir el orden existente por aquellos que se encuentran al margen del ejercicio del poder público dentro de la colectividad sin que tampoco le sea dable a los miembros de la comunidad intelectual impedirlo. Por ende, y concebidas así, en abstracto, las disciplinas sociológicas pueden servir como instrumentos de poder por cualquier persona, grupo o estado interesado en sus hallazgos.

Hoy una nueva tendencia ha comenzado a predominar en los Estados Unidos que trasciende la concepción de una ciencia social "libre de valores" (value free social science) para hablar de una "ideología científico-social" (social science ideology). Tal y como ésta queda definida por uno de sus más conocidos expositores la "ideología científicosocial" trascenderá el nivel de las ideologías en pugna —aceptándose como supuesto previo "el fin de las ideologías" tradicionales en el mundo contemporáneo— y dará una explicación "racional" y totalmente "objetiva" de cualquier sistema social que sea objeto de estudio.⁴ A esto sería necesario oponer el agudo criterio de Marx en el sentido de que las ciencias sociales mismas son expresión de la estructura de clases dentro de una determinada sociedad y que, por ende, estas son una ideología más —en el sentido de un conjunto articulado de ideas que "racionaliza" la situación de clases existentes y la dominación de una clase sobre otra— que sirve como soporte espiritual del orden material que le sirve como substrato.⁵

No obstante, tanto la sociología Marxista (sintética, historicista y determinista según Aron) como la sociología norteamericana (analítica y empírica de acuerdo con el mismo autor) parte de una misma base: la de que es posible establecer, por medio de la investigación racional de las estructuras sociales, un cuerpo de conocimiento que nos "explica", nos ayuda a comprender mejor y, por ende, que nos permite manipular con mayor precisión los acontecimientos historicosociales. En ambos casos se adopta un enfoque manipulativo de los fenómenos sociales, se concibe al conocimiento de la sociedad como un instrumento para la "praxis" y, por ende, como un medio de poder, y se cree en la capacidad del hombre para refinar aún más sus técnicas

⁴ El término "el fin de las ideologías" fue puesto en boga por Daniel Bell en su libro *The End of Ideology*, así como por Seymour Martin Lipset en su libro *Political Man*. Para una discusión y crítica de la tesis general mencionada véase a Joseph La Palombara en su artículo "Decline of Ideology: A Dissent and an Interpretation", así como la réplica de Lipset en, *The American Political Science Review*, Vol. LX, March, 1966, No. 1, pp. 5-16.

⁵ La Palombara, en el artículo citado, dice que lo que estos autores escriben "no es ciencia social sino, irónicamente, sencillamente más ideología". Su criterio concuerda en ese sentido con la crítica Marxista a la sociología norteamericana. Véase al respecto a Raymond Aron, *Main currents in Sociological Thought, I* (New York: Basic Books, 1965), Introducción, así como T. B. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx, Selected Writings in Sociology and Social Philosophy* (London: C. A. Watts, 1956).

de estudio y de investigación hasta lograr convertir a las disciplinas humanas en ciencias más exactas capaces de describir y analizar con mayor exactitud la siempre compleja realidad social. En cada caso se vindicará el enfoque respectivo a la luz de los resultados que de ellos se obtengan. El enfoque marxista —activista y revolucionario— cree que los filósofos han interpretado al mundo, pero que lo importante es *cambiarlo*. Como ha indicado Sidney Hook respecto a las teorías sociales de Marx: "Para Marx todas las teorías sociales, incluyendo la suya propia, no son un sistema hipoteticodeductivo cuyo propósito sea formular verdades objetivas y eternas. Son juicios sociales de la práctica. Son métodos de hacer la historia. El método de Marx es 'más verdadero' que otros porque es más eficaz".⁶ ¿Eficaz respecto a qué? Eficaz respecto al cambio radical de las estructuras existentes: "el movimiento se demuestra andando"; "por sus frutos los conoceréis" podrían servir como adagios marxistas respecto a las ciencias sociales.

Los ideólogos del "fin de las ideologías", observando a la sociedad política desde una perspectiva ciertamente más conservadora, no postulan que sus teorías se vindican, o demuestran su superioridad, mediante su actualización en la práctica. No obstante, sus preferencias son un secreto a voces: creen en la sociedad capitalista tipo estado-benefactor que caracteriza a los países avanzados industrialmente de América y de Europa Occidental. Aunque desde otra perspectiva opuesta al marxismo, el enfoque de éstos no es menos manipulativo. Dejemos que un colega de ellos ponga el dedo en la llaga. [Gran parte de los escritos recientes sobre desarrollo político] parecen apoyarse sobre la presunción (o la esperanza) de que el desarrollo socioeconómico-político se mueve en una forma determinista unilinear y en una dirección cultural específica, mediante el cual el futuro consistirá de historias nacionales que son repeticiones monótonas de la historia 'Angloamericana'. En suma los escritores del declinar de las ideologías parecen creer que 'ellos' se están pareciendo cada vez más a 'nosotros'.⁷ En efecto, la objetividad de una ciencia social que dice ser "neutral" en cuestiones valorativas está comprometida, como la sociología marxista en lo que respecta al socialismo, con un determinado sistema economicosocial: el capitalismo con su expresión política visible: la democracia liberal. Y en la medida que esta ideología científico-social responde a los intereses de determinados grupos dentro de la estructura de poder en los Estados Unidos puede decirse que su uso y/o abuso estará íntimamente ligado a los problemas considerados como

⁶ Sidney Hook, *From Hegel to Marx* (New York: The Humanities Press, 1958), p. 60.

⁷ La Palombara, *obra citada*, p. 14.

“relevantes” —a corto o a largo plazo— por dichos grupos. Para usar una expresión del fenecido C. Wright Mills, “el sistema establecido” (Establishment) define las reglas del juego y el ámbito dentro del cual se moverán los participantes. Los sociólogos no son, por lo general, una excepción a esta regla.

II

Las investigaciones sociales realizadas en los Estados Unidos son hechas, en la mayoría de los casos, bajo los auspicios de unas tres entidades: las universidades, las fundaciones privadas, o el gobierno.⁸ No obstante, a menudo no puede establecerse con meridiana exactitud cuáles actividades universitarias no reciben fondos —en forma directa o indirecta— de las fundaciones privadas o del gobierno norteamericano. Así de inextricable es la madeja de las interrelaciones entre las tres instituciones mencionadas.

Conscientes de las potencialidades manipulativas, no sólo de las ciencias naturales, sino también de las ciencias sociales, el gobierno norteamericano dedica enormes sumas de dinero a la investigación científica y social. La relación es ya tan estrecha entre el gobierno, las fundaciones privadas y algunas universidades que puede darse el caso —como el de la Michigan State University— en que ésta haya actuado de cubierta para una actividad de la C.I.A. en respaldo del gobierno de Ngo Dinh Diem. También la C.I.A. ha financiado estudios sobre las élites realizados por el “Center for International Studies” del “Massachusetts Institute of Technology”, amén de haber utilizado a una fundación: la J. M. Kaplan Fund, Inc., para financiar estudios en la América Latina conjuntamente con otras fundaciones y la Agencia Internacional para el Desarrollo (A.I.D.). Aunque lo dicho no debe tomarse como tendente a implicar que esta práctica es generalizada y que se lleva a cabo en todas las universidades norteamericanas, no es menos cierto que la determinación misma de los fondos que habrán de asignarse para investigaciones por parte de las fundaciones y del estado siguen, por lo general, dos criterios fundamentales: o el estudio es no controversial, abstracto, cuyo propósito no sea el hurgar en áreas neurálgicas de la sociedad norteamericana; o éste es, esencialmente,

⁸ El Dr. Harrison Brown notó recientemente que las asignaciones del gobierno federal de los Estados Unidos para la investigación científica en las universidades ascendía a 1.3 billones de dólares, o aproximadamente, al equivalente de dos terceras partes de los gastos para investigaciones asignadas por dichas instituciones. *New York Times*, 6 de mayo de 1966, p. 36.

un proyecto cuya "relevancia" está determinada por los intereses específicos de los Estados Unidos como gran potencia. La primera situación se da comúnmente en el caso de la filantropía privada; lo segundo es más bien característico de la filantropía pública. En ambos casos el supuesto, paradójicamente, es el mismo: las ciencias naturales y sociales se conciben como disciplinas destinadas a dar por sentado el orden social existente o a servirle como soporte ideológico.⁹ El hecho de que David Apter haya exclamado con evidente alborozo que las ciencias sociales ya han sido aceptadas por el sistema establecido —que están "in"— es un indicio de hasta qué punto las disciplinas sociales —concebidas originalmente como creadoras de una conciencia crítica frente a la sociedad existente— sirven hoy como aliadas de dicha sociedad en su política nacional e internacional. De hecho un autor tan conocido como Klaus Knorr ha llegado hasta el punto de justificar —como algo deseable— el meridaje entre los servicios de inteligencia de los Estados Unidos y las ciencias sociales. En todo caso esta envolvente tendencia a convertir a las ciencias sociales en instrumento de poder en manos de los que actualmente ejercen el poder público en los Estados Unidos le ha creado graves problemas de conciencia a aquellos estudiosos que conciben su labor como una —sino totalmente independiente—, al menos como permitiéndoles la independencia necesaria para asumir posiciones críticas frente a la política de su país y frente a los problemas con que éste se confronta en el campo nacional e internacional.¹⁰

El Proyecto Camelot ha servido para poner en evidencia los problemas que un estudio como el proyectado —financiado mediante fondos asignados por el Pentágono— plantea al investigador social desde el punto de vista profesional y moral. Varias circunstancias que me-

⁹ Como indica el doctor Brown en las declaraciones citadas, toda vez que los fondos federales asignados son por lo general "orientados hacia una misión", las necesidades de investigación serán determinadas inevitablemente por la agencia "más bien que por la concepción de los científicos en cuanto a lo que es importante desde un punto de vista puramente científico".

¹⁰ Respecto a el financiamiento de la C.I.A. de las actividades intelectuales arriba mencionadas véase los interesantes reportajes aparecidos en *The New York Times* correspondientes a los días 25-29 de abril de 1966. Una confirmación adicional del fenómeno aludido puede hallarse en el ya famoso libro de David Wise y Thomas B. Ross, *The Invisible Government* (New York: Random House, 1964). Para una exposición más "académica" del mismo tema véase a Paul W. Blackstock *The Strategy of Subversion, Manipulating the Policies of Other Nations* (Chicago: Quadrangle Books, 1964). Sumamente interesante desde el punto de vista del supuesto matrimonio entre las ciencias sociales y los servicios de inteligencia es la monografía de Klaus Knorr, *Foreign Intelligence and the Social Sciences* (Princeton University: Center of International Studies, Junio 1, 1964). Véase también los siguientes libros acerca de los servicios de inteligencia en los Estados Unidos. Harry Rowe Ransom, *Central Intelligence and National Security* (Harvard University Press, 1958); Roger Hilsman, *Strategic Intelligence and National Decisions* (The Free Press, 1956).

diaron en la confección del Plan contribuyen a agudizar el problema planteado.

En primer lugar está el hecho de que el Proyecto Camelot, tal y como fue concebido, tuvo su origen en la oficina del teniente general W. W. Dick, Jr., jefe de Investigaciones y de Desarrollo del Departamento del Ejército de los Estados Unidos, según el propio testimonio del general Dick ante el Comité congressional que investigó el fracaso del Plan Camelot en Chile.¹¹ Una lectura del testimonio del general Dick —cuya oficina proveyó los fondos originales para el Proyecto Camelot— así como el Dr. Theodore Vallance, director del Special Operations Research Office (SORO) de American University que recibió los fondos del Pentágono y que tuvo a su vez la misión de contratar al Dr. Rex Hopper, el sociólogo a cargo de llevar a cabo el Plan en el nivel operacional, demuestra que una cosa bullía en la mente de los forjadores del Proyecto: la amenaza de revoluciones nacionalistas o socialistas (“insurgencias” en el léxico del Pentágono) que se ciernen sobre el mundo subdesarrollado. De ahí la preocupación en cuanto al “potencial de guerra interna”, así como la capacidad de los “incumbentes” —sigo usando la terminología utilizada por el general Dick— para repeler a los “insurgentes”. En todo caso la cuestión del estudio sobre los factores que pueden precipitar la “guerra interna”, así como los indicadores que pueden apuntar hacia su existencia, forman parte de toda una forma de lucha que bajo las condiciones de la guerra fría el ejército norteamericano resume bajo el término de “contrainsurgencia” (counterinsurgency warfare).¹²

¹¹ Las vistas públicas sobre el Plan Camelot llevadas a cabo en el Congreso Norteamericano son una fuente muy rica de información sobre los diseños generales de quienes concibieron el plan en primera instancia. Véase *Behavioral Sciences and the National Security Report* No. 4, togetherwith Part IX of the hearings on “Winning the Cold War: The U. S. Ideological Offensive”, by the Subcommittee on International Organizations and Movements of the Committee on Foreign Affairs, House of Representatives, pursuant to H. Res 84: “A Resolution Authorizing the Committee on Foreign Affairs to Conduct Thorough Investigations of All Matters Coming Within the Jurisdiction of the Committee”. December 6, 1965 (U. S. Government Printing Office, 1965) p. 51. Las palabras exactas del general Dick fueron: “El Proyecto Camelot fue concebido en mi oficina como un proyecto necesario para que pudiéramos llevar a cabo un ataque organizado en un área donde reconocíamos que no teníamos la suficiente información básica sólida para planificar mejor, o para funcionar más eficazmente, cuando fuésemos llamados a realizar una misión”.

¹² Dos libros recientes vierten luz sobre estos dos aspectos: el de guerra interna y el de contrainsurgencia. El primero, escrito por un grupo de sociólogos y científicos de la política, evidencia cuán poco se sabe acerca de las causas de la guerra interna en la comunidad académica norteamericana. Véase Harry Eckstein (editor) *Internal War* (New York: The Free Press, 1965); y Mayor John S. Putsay, *Counterinsurgency Warfare* (New York: The Free Press, 1965). Este último libro articula intelectualmente un modelo para la insurgencia y trata de definir las actividades que pueden servir para contrarrestarla. El senador Robert Kennedy ha descrito recientemente a la “contrainsurgencia” como “reformas sociales hechas bajo presión”. *New York Times*, 11 de mayo de 1966, p. 18.

Véanse, por ejemplo, las siguientes declaraciones de las personas que concibieron originalmente el Proyecto Camelot:

(1) Según el documento de trabajo dado a la publicidad por SORO en diciembre 4, 1964 el Proyecto Camelot:

Es el resultado del juego de muchos factores y fuerzas. Entre éstas está la asignación que en años recientes se ha hecho en cuanto al énfasis que ha de darse al papel del Ejército Norteamericano dentro de la política general de los Estados Unidos de alentar un crecimiento y un cambio sosegados en los países en desarrollo. Los muchos programas del gobierno de los EE.UU. que se dirigen hacia el logro de este objetivo generalmente se agrupan bajo el término a menudo engañoso de contrainsurgencia (tal vez algún término que significase algo así como profilaxis de la insurgencia sería mejor). Esto confiere una gran importancia a las acciones positivas dirigidas a reducir las fuentes de desafecho que a menudo dan lugar al surgimiento de actividades más conspicuas y violentas de naturaleza destructiva. El Ejército de los EE.UU. tiene una misión importante en lo que respecta a los aspectos positivos y constructivos de la construcción de nacionalidades (nation building) así como una responsabilidad en lo que respecta a la asistencia de gobiernos amistosos que se confrontan con problemas de insurgencias.

(2) Según el Dr. Vallance, Director de SORO, en su testimonio ante el Comité del Congreso Norteamericano mencionado antes, respondiendo a una pregunta sobre si la Alianza para el Progreso "fomentaba el cambio social" replicó en la afirmativa, añadiendo:

No obstante, el cambio puede ser tan rápido en algunas partes de la sociedad que otra gente se torna desafecha, creen que se discrimina contra ellos, y así puede desarrollarse un potencial para un esfuerzo dirigido a cambiar las cosas en forma violenta o para cambiar la estructura política de una sociedad, de forma tal que haya una pérdida, digamos, de unos 15 a 20 años más bien que una ganancia neta. Cuando hay una revolución violenta, los logros fomentados por otros programas podrían perderse.¹³

(3) Y el general W. W. Dick, citado anteriormente, señaló:

El Departamento del Ejército, al hacer accesible la ayuda financiera para un gran esfuerzo de investigación dirigió a obtener una com-

¹³ *Obra citada*, p. 21.

prensión de la dinámica subyacente del conflicto y del cambio social en los países en desarrollo ha reconocido una necesidad sentida desde hace mucho tiempo —necesidad sentida por los países en desarrollo así como por los Estados Unidos. Esta es la necesidad de comprender el proceso de los acontecimientos que representan los conflictos internos después de la Segunda Guerra Mundial, tales como los acaecidos en Cuba, Vietnam, Grecia, las Filipinas y la República Dominicana. Llámense rebeliones, revoluciones, insurgencias, guerras internas, guerras de liberación o como se llamen, es claro que éstas son cuestiones complejas, la naturaleza exacta de las cuales tiene aún que ser definida y comprendida...

Los recursos asignados anteriormente a Camelot (el general Dick se refiere a la cancelación del Proyecto) serán utilizados para reestructurar tareas de investigación cuya preocupación es la medición del potencial de insurgencia con miras a determinar de qué manera la asistencia militar y los programas aliados pueden tener una mayor eficacia.¹⁴

No creo que luego de la lectura de estos pasajes pueda haber duda alguna respecto a cual era la preocupación fundamental del Pentágono al crear el Proyecto Camelot: utilizar el conocimiento científico-social como medio para evitar el surgimiento de revoluciones opuestas a los gobiernos respaldados por los Estados Unidos. Como bien indica Irving Louis Horowitz en el trabajo citado anteriormente, todo el Proyecto es concebido como algo antiséptico, profiláctico —hasta los términos utilizados por los sociólogos contratados revela el propósito "sanitario" que guía a sus creadores. Toda revolución es ya, de suyo, perniciosa. De ahí que se requiriesen los medios para inmunizar a tiempo a la sociedad del virus que pudiese destruirla. Muy pocas veces en la historia de las ciencias sociales hallamos un caso tan obvio como este, en lo que respecta a las disciplinas sociales al servicio del *status quo*. Como señala Horowitz, para los creadores de Camelot, "una 'sociedad estable' es considerada no sólo como norma sino como el desenlace deseado. El 'rompimiento del orden social' es usado como un término acusativo".

Añadamos a lo dicho un factor agravante adicional: este estudio se realiza en un país extranjero sin el conocimiento ni el consentimiento del país en cuestión. Los hallazgos del Plan —aunque públicos— se utilizarían primordialmente para beneficio de la política exterior de los Estados Unidos. La selección misma del tema del estudio: la guerra interna, no surgió como un tema escogido por los sociólogos mismos encargados de llevar a cabo el Proyecto, sino >

¹⁴ *Ibid.*, p. 31-32.

pedido de una agencia —de una agencia cuya tarea esencial es la guerra— y cuyos fines y propósitos en el campo internacional están hoy bajo serio cuestionario por sectores considerados de opinión dentro de los Estados Unidos mismos.

Es cierto que, como dije antes, toda investigación social una vez hecha pública deja de pertenecer al autor. Es parte del dilema que confronta al científicosocial el hecho de que sus hallazgos podrían ser utilizados para realizar acciones cuyas implicaciones políticas bien pueden ser contrarias a sus propias preferencias. Pero el problema ético se agudiza cuando la investigación realizada se lleva a cabo bajo el patrocinio y supervisión de los poderes públicos. Porque, en estos casos, el investigador ha procedido con plena conciencia de los posibles usos a que puede ponerse el conocimiento que él es capaz de ofrecer. En última instancia el dilema no puede resolverse salvo por un acto de fe en cuanto a la bondad del sistema que se pretende defender mediante la acción social que envuelve toda investigación sociológica. En la delicada cuestión del "compromiso" es que logramos captar el verdadero tenor de la frase bíblica de que "por sus frutos los conoceréis". El sociólogo nunca podrá tener la absoluta certeza de que su conocimiento será utilizado siempre para el bien de la humanidad. Pero sí puede negarse a realizar estudios que serán claramente utilizados para perpetuar regímenes cuyas acciones son patentemente negadoras del pleno desarrollo del ser humano. En su último libro Herbert Marcuse nos habla de la rotunda negativa (*The Great Refusal*) a colaborar con sistemas predicados sobre la alineación humana y sobre la explotación del hombre por el hombre. El Proyecto Camelot, por su propia naturaleza, nos indica a los estudiosos de la sociología uno de los ámbitos donde podemos y debemos ejercer nuestro derecho a negarnos rotundamente a prestar nuestro concurso para la realización de proyectos semejantes.

III

Réstanos únicamente una consideración a hacer con respecto al Plan Camelot. Se trata de hasta qué punto un Plan de esta naturaleza, al pretender utilizar el conocimiento científicosocial para el logro de unos fines determinados, no peca de una excesiva confianza en lo que a la capacidad *predictiva* de las ciencias sociales respecta. Poniendo la cosa en términos más concretos: ¿puede el conocimiento científicosocial, en la etapa actual de desarrollo de estas disciplinas, no sólo predecir con relativa exactitud cuándo está llegado el momento de una

“guerra interna”, sino frustrar dicho conflicto interno al poner en manos de los dirigentes políticos el saber necesario para que éstos logren, a tiempo, remediar o mejorar los factores precipitantes de una guerra interna? Respecto a lo primero dejemos que hable el propio Klaus Knorr —citado anteriormente— cuya monografía es una invitación a las agencias encargadas de la inteligencia en los Estados Unidos para que usen en mayor grado el saber científicosocial. Luego de referirse específicamente a los estudios de “guerra interna” como algo “circunscrito mayormente a la sintomología; es decir, como algo preocupado con el descubrimiento de síntomas indicativos —con un alto grado de certeza— de que una guerra interna ocurrirá en el futuro de una sociedad”, añade Knorr más adelante en su trabajo:

La ausencia de reglas adecuadas para decidir lo que es importante en una situación concreta refleja en parte el estado todavía primitivo del conocimiento científico-social, especialmente en lo referente al conocimiento científico sobre problemas dinámicos más bien que estáticos, y notablemente en lo referente al cambio político, social, económico, militar y cultural...

La predicción más o menos firme de que una guerra o una revolución habrá de llevarse a cabo en cierta fecha y de cierta manera, no es una cuestión para las ciencias sociales sino para la inteligencia; hasta qué punto dichas predicciones pueden esperarse aun del mejor servicio de inteligencia, es una cuestión crucial.¹⁵

El libro editado por Harry Eckstein, citado anteriormente, y que recopila una serie de trabajos de científicos sociales sobre el tema de la guerra interna demuestra sin lugar a dudas lo correcto de estas observaciones de Knorr. La lectura del libro revela la preocupación de este grupo de científicos sociales con el tema de los factores que contribuyen a crear condiciones potenciales para dicha guerra, e indica, asimismo, cuán decepcionante puede ser el uso de modelos teóricos —en vueltos dentro de una compleja jerga sociológica— sólo para dejar saber al lector interesado que los sistemas políticos se hallan, por lo general, en estado de equilibrio, y que las guerras internas son alteradoras de dicho equilibrio. Nótese al respecto la definición ofrecida por el propio Eckstein:

(Guerra interna) es el tipo de fuerza social, ejercida en el proceso de la competición política, que se desvía de normas sociales previamente

¹⁵ Knorr, *obra citada*, pp. 20, 28, 33.

establecidas, que es "belicista" en su carácter (esto es, que es conducida prácticamente sin la observancia de reglas normativas recíprocamente observadas) y que envuelve un serio rompimiento de los patrones institucionales establecidos.¹⁶

Eckstein no nos dice si esto es bueno o malo. Sencillamente nos lo describe. Pero puede notarse en su definición misma, lo que parece ser característica esencial de mucha de la producción sociológica en Norteamérica: el uso del modelo de análisis estructural-funcionalista desplaza prácticamente al estudio de los conflictos sociales —y, por ende, de una sociedad en conflicto compuesta por intereses antagónicos— para hablarnos de que toda acción violenta que perturbe el orden existente es "disfuncional" en términos del sistema concebido con un todo. Este es el tipo de análisis que predomina en el libro editado por Eckstein; de ahí que no deba extrañarnos que entre sus colaboradores se hallen Talcott Parsons y Marion Levy, Jr. —exponentes distinguidos del análisis estructural-funcionalista—, y que el libro culmine con un largo ensayo de Seymour Lipset acerca de "la democracia". Al fin y al cabo las cosas vuelven a su lugar y nos hallamos con una exposición más acerca de la superioridad del modelo democrático-liberal por sobre el modelo socialista...

Pero supongamos por un momento que los científicos sociales encargados de realizar el Proyecto Camelot hubiesen podido darle a los dirigentes militares y políticos que contrataron sus servicios una visión más o menos clara del cuadro general respecto al potencial de guerra interna en Chile —cuestión de suyo dudosa dado el esquema analítico mencionado, preocupado más por los factores que conducen a la estabilidad que por los que conducen al cambio— restaría el problema adicional: ¿puede el conocimiento científicosocial, una vez éste está en manos de los políticos, actuar como factor precipitante que permita mantener a los incumbentes en el poder aun frente a las acciones contrarias de los insurgentes? Es decir, ¿puede el análisis científico del cambio social ser utilizado exitosamente para detener el curso de los acontecimientos hacia cierto tipo de cambio social —el revolucionario— o, en su defecto, puede el cambio social ser encauzado —mediante una acción previa de carácter "reformista" de parte de los insurgentes— hacia un tipo de "revolución pacífica" que impida el estallar de la guerra interna?

Es claro que aquí entramos en el problema de los determinantes esenciales del cambio social y, consiguientemente, en el campo de lo

¹⁶ Eckstein, *obra citada*, p. 12.

propiamente ideológico. No creo yo que los profundos conflictos de intereses existentes en las sociedades latinoamericanas sean susceptibles de una acción retardataria que congele el *status quo* en un sistema cuya legitimidad sea aceptada por los más vastos sectores de la población latinoamericana. Ni creo tampoco que remedios tenues y reformas a medias harán otra cosa sino detener momentáneamente el advenimiento de los cambios inevitables. Los científicos sociales puestos al servicio de la contrainsurgencia en el continente latinoamericano —como en el caso del Plan Camelot— en última instancia terminarán por comprender que la única forma de sostener regímenes predicados sobre la desigualdad y la explotación de grandes contingentes de personas es por medio de la violencia —la violencia contrarrevolucionaria ejercida por los militares. Al ofrecerle a las fuerzas represivas del hemisferio los instrumentos intelectuales para combatir a las grandes mayorías, el sentido original de la ciencia social como un instrumento —no sólo analítico sino también práctico— capaz de aliviar la situación humana habrá conducido, por la lógica de los acontecimientos, a su mayor antítesis.

El científico social menos que nadie puede escapar, en el mundo contemporáneo, de la necesidad del compromiso político. Los que han optado por comprometerse con sistemas negadores del ser humano tienen una grave responsabilidad ante la historia. No hace mucho —hace poco más de tres décadas— muchos intelectuales adoptaron en Alemania la postura "neutral" frente a Hitler y callaron. Su silencio fue un silencio que aparejaba complicidad. Hoy algunos científicos sociales no sólo guardan silencio respecto a las acciones de sus gobiernos, sino que se prestan activamente a colaborar con sus desig-nios de dominación mundial. Dicha complicidad abierta les involucra en actividades que son la negación misma de toda actividad científico-social orientada humanísticamente. Esperemos que la historia no se repita...